

Charles Macomb Flandrau !Viva Mexico!

Gabriela Olmos*

El viaje: los grandes clásicos de la literatura generalmente tocan este tema en sus líneas. Hemos visto viajeros que descubren, viajeros que regresan, viajeros que encuentran, e incluso viajeros que recorren los vericuetos de su conciencia. Pero ¿qué es lo que une a Ulises con Don Quijote?, existe un vaso comunicante entre *La Divina Comedia* y la novela de Joyce? Sin duda, uno de los cientos de engranes que dan vida a estos textos es el arquetipo del viajero, este hombre que, de pronto, se halla ante una realidad desconocida, y que al adentrarse en ella, al descifrar sus símbolos, se descifra a sí mismo, como los pasos que diera para desentramar este nuevo mundo tuviera un equivalente interno.

Uno nunca será igual después de haber sucumbido a la seducción del viaje. Y es que los recuerdos que se funden con nuestros paisajes interiores, para dejarnos una imagen que no sabemos si es más una nítida fotografía del mundo que encontramos, o un estudio cartográfico de nuestro pensamiento.

Charles Macomb Flandrau, uno de los viajeros norteamericanos que recorrieron las

tierras mexicanas a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, lo sabía; probablemente por eso consagró una buena parte de su crónica a establecer una poética del viaje como experiencia vital: no es lo mismo ser turista que ser viajero —dice— los primeros gozan por haber viajado, los segundos gozan viajando.

“Neither tourist not persons of fashion seem to have discovered that the trip by water from New York to Vera Cruz is both interesting and agreeable. But perhaps to tourists and persons of fashion it would be. For although the former enjoy having traveled, they rarely enjoy traveling, and the travels of the latter would be pointless, as a rule, if they failed to involve the constant hope of social activity and its occasional fulfillment.

* Egresada de la Universidad Iberoamericana y de la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM). Ha trabajado en diversas editoriales como correctora, editora y jefe de redacción. Actualmente es correctora de estilo de la Universidad La Salle y colabora en la redacción de la revista *Artes de México*.

By tourists I mean —and without disparagement of at least their preference— persons who prefer to visit a country in bands of, from fifteen to five hundred, rather than in a manner less expeditious; and persons of fashion I am able even more accurately to define to my own satisfaction by saying they are the kind of persons to whom the wives of American ambassadors in Europe are polite.

Probably to neither of these globetrotting but alien classes would the voyage from New York to Vera Cruz appeal. For the tourist it is too slow and long. There are whole days when there is nothing for the man in charge of him to expound through this megaphone; whole days when there is nothing to do but contemplate a cloudless sky and a semitropical sea. Thoroughly to delight in the protracted contemplation of such spacious blueness overhead and of so much placid green water underneath, one must be either very lazy or very contemplative. Tourists, of course, are neither, and while persons of fashion are sometimes both, they are given to contemplating the beauties of nature from points of vantage favorable also to the contemplation of one another.” (Flandrau; 1910: 1)*

Dentro de la tradición de viajeros que visitaron nuestro país por aquellas fechas,

* Traducción.-

Ni los turistas ni las personas de moda parecen haber descubierto que el viaje por mar de Nueva York a Vera Cruz puede ser tan interesante como agradable. Pero quizás para los turistas y las personas de moda sí podría serlo. Aun cuando el primero ha disfrutado haber viajado, rara vez disfrutaban la travesía y los viajes de los segundos no tendrían sentido, como una regla, si no ofrecen la esperanza constante de un evento social y su ocasional realización.

Por turistas, me refiero —y sin menospreciar sus preferencias— a aquellas personas que prefieren visitar un país en grupos de quince hasta quinientas personas, de una forma poco expedicionaria, y a las personas de moda, soy capaz de definir todavía con más exactitud y a mi entera satisfacción al decir que son el tipo de personas con quien las esposas de

Flandrau fue, quizá, de los menos conocidos. Jamás podremos comparar su importancia con la de Humboldt, o la de Graham Greene. Los motivos de su viaje no fueron tan relevantes para el panorama del país, como sucedió con Mathieu de Fossey —que era parte de un proyecto para abrir un canal interoceánico en el Istmo de Tehuantepec— o con la marquesa Calderón de la Barca —esposa del primer ministro plenipotenciario de España en México—. Y, sin embargo, su libro resulta tan entrañable como el de cualquiera de los autores anteriores. Quizá por ser la cola del cometa en aquella fiebre que se desató en Estados Unidos y Europa por recorrer nuestro país, tal vez por no servir a interés financiero, ni político alguno, Flandrau descubrió nuestros paisajes en la mirada del viajero, capaz de asombrarse ante la realidad que se le ha relevado, capaz de encontrarse cifrado en cada red, en cada laberinto del espacio que recorre.

Y entonces se encontró, como casi todos los viajeros que habían visitado nuestro país, con un universo abarrotado de elementos extraños que sobrepasaban sus expectativas. ¿Qué habrá pensado al ver por primera vez una tortilla?, ¿o al descubrir a las indias cubiertas con rebozos?, ¿o al escuchar los pregones matinales de los vendedores de tamales, de carbón, del ropavejero...? En el viaje de Flandrau las sorpresas se encadenan. Su actitud es respetuosa aunque, a veces, se

los embajadores de Norteamérica en Europa son atentas.

Probablemente, a ninguno de estos viajeros del mundo de primera clase le atraería el trayecto de Nueva York a Vera Cruz. Para el turista es muy lento y largo. Hay días enteros donde no hay nada que el hombre al cargo pueda anunciar por su megáfono, días enteros donde no hay nada que hacer más que contemplar un cielo sin nubes y un mar semi tropical. Para realmente deleitarse en una prolongada contemplación del extenso azul hacia arriba y de la placidez del agua verde hacia abajo, uno debe ser o muy flojo o muy contemplativo. Los turistas, por supuesto, no son ninguna de estas dos y mientras que las personas de moda a veces son ambas, son más dados a gozar las bellezas de la naturaleza desde posición de ventaja y favorable, que les permita poder disfrutar de la contemplación de cada uno de ellos. (Flandrau; 1910: 1)

desespera, procura adaptarse a las costumbres, busca referentes que le sean familiares para comprenderlas, trata de desentrañar la historia de México a través de las estampas que guarda en su memoria.

¡Viva México! No sólo es una crónica de las costumbres de los principios del siglo XX. Es también una invitación al viaje, a vivir esta experiencia dejándose empapar por ella, y no solamente tomando fotografías aquí y allá, como lo hacen los turistas. Después de todo, si, como diría este autor, aprendemos a gozar el camino, encontraremos más fácilmente la ruta de las huellas que vamos dejando en nuestro interior. Así se presenta la vida: como un viaje. Flandrau nos plantea su postura: sorprenderse, investigar, aprender y seguir

andando, pero sobre todo, jamás visitar las nuevas tierras con ojos de turista, que observa la nueva realidad con la mirada ajena con que uno contempla a los animales del zoológico, ni de gente de mundo, que cree saberlo todo, y en realidad conoce poco.

La literatura que trata este tema nos seduce porque nos habla de nuestra experiencia vital, porque el arquetipo del viajero, como cualquier otro, nos refleja un poco a todos. Y, en este sentido, el libro de Flandrau, en su apología del viaje, tiene un valor especial no sólo por ser un retrato del paisaje mexicano, ni por ser un análisis de las costumbres de cierto momento en nuestra historia, sino por ser una poética de la vida misma.

Bibliografía

Flandrau, Charles Maccomb. *Viva México!*—
New York: D. Appleton, 1910
Sartorius, Carl Christian Wilhelm *Mexico un die*
Mexicaner Landschaftsbilder und Stitzen aus dem

Volksleben von C. Sartorius; Mit Stahlstiche vorzüglicher
Meister nach Original Aufnahmen von Moritz Rugendas.—
Darmstadt: G. G. Lange, 1859

through this megaphone, whole days when there is nothing to do but contemplate a cloudless sky and a semitropical sea. Thoroughly to delight in the protracted contemplation of such spacious blueness overhead and of so much placid green water underneath, one must be either very lazy or very contemplative. Tourists, of course, are neither, and while persons of fashion are sometimes both, they are given to contemplating the beauties of nature from points of vantage favorable also to the contemplation of one another.* (Flandrau, 1910: 1)²

Dentro de la tradición de viajeros que visitaron nuestro país por aquellas fechas,

* Traducción:

Si los turistas y las personas de moda parecen haber descubierto que el viaje por mar de Nueva York a Vera Cruz pueda ser tan interesante cuanto agradable, pero quizás para los turistas y las personas de moda si podría serlo. Aun cuando el primero ha disfrutado haber viajado, una vez disfrutan la travesía y los viajes de los segundos no tendrían sentido, como una regla, si no ofrecen la esperanza constante de un evento social y su ocasional realización.

Por turistas, me refiero — y sin menospreciar sus preferencias — a aquellas personas que prefieren visitar un país en grupos de quince hasta quinientas personas, de una forma poco expedientista, y a las personas de moda, soy capaz de decirles que son el tipo de personas con quien las esposas de

los ciudadanos de Norteamérica en Europa son atentas.

Probablemente, a ninguno de estos viajeros del mundo de primera clase le atraerá el trayecto de Nueva York a Vera Cruz. Para el turista es muy lento y largo. Hay días enteros donde no hay nada que el hombre al cargo pueda hacer más que contemplar un cielo sin nubes y un mar sereno tropical. Para malmarirse deleitarse en una prolongada contemplación del exterior azul hacia arriba y de la placidez del agua verde hacia abajo, uno debe ser o muy flojo o muy contemplativo. Los turistas, por supuesto, no son ninguno de estos dos y mientras que las personas de moda a veces son ambas, son más dadas a poner las bellotas de la naturaleza desde posición de ventaja y favorable, que las pocas a poder disfrutar de la contemplación de cada uno de ellos. (Flandrau, 1910: 1)

VIVA MEXICO!

By
CHARLES MACOMB FLANDRAU
Author of "Harvard Episodes," "The
Diary of a Freshman," etc.



NEW YORK AND LONDON
D. APPLETON AND COMPANY
1910



Bibliografía

Charles Merrett: Vera Mexicana
1840

Merrett
1840

